

EL PERRO COMO LEGADO CULTURAL

Raúl Valadez Azúa
Velia Mendoza España

RESUMEN

El estudio del perro (Canis familiaris) dentro de antropología latinoamericana es un importante campo de investigación a la espera de ser tomado en cuenta. Los diferentes estudios arqueológicos realizados en esta región muestran que esta especie es una importante fuente de datos, pues su empleo en actividades domésticas y rituales le convierten en un buen reflejo de la cultura asociada, incluso hasta la actualidad. Por otro lado, datos provenientes de la biología molecular han demostrado que la dualidad hombre-perro muy probablemente se remonte al momento en que Homo sapiens entró al continente americano, por lo que su estudio incluye una parte indiscutible de la historia del hombre en América. Años de estudio en países como México han llevado a que en este momento, se disponga de la metodología necesaria para abordar el estudio del perro prehispánico en un nivel comparable al de los restos humanos, lo cual ha permitido explotar al máximo la información contenida en los materiales arqueozoológicos.

ABSTRACT

The dog study (Canis familiaris) in the latinoamerican anthropology is an important research field waiting for it to be considered in the formal investigations. The different archaeological studies done in this place show that this species is a very important information source because its use in domestic activities and rituals turn it into a good reflect of the associated culture, even in the present. In the other hand, information related with molecular biology had shown that the man-dog duality probably began in the moment in which Homo sapiens entered America so, its study includes the man history in America. Years of study in countries like México had take us to this moment in which we can use the necessary methodology to enter the prehispanic dog study to a level comparable to the men remains studies, this has let us explode to the top the information of archaeozoological material.

Introducción

Hace ya poco más de una década que se demostró de forma indiscutible que el perro era descendiente directo del lobo (*Canis lupus*) y

que el proceso que llevó a la formación de *Canis familiaris* se inició hace más de 100,000 años (Vilá et al 1997). Más allá del impacto que podía producirse al contemplar una cifra tan grande, en realidad para nadie es sorpresa constatar que el origen del concepto “el mejor amigo del hombre” se pierde en el tiempo y que la dualidad hombre-perro es algo que forma parte de nuestra naturaleza con tanta fuerza como la que imponen nuestros propios genes.

Una vinculación y arraigo tan poderoso del perro hacia lo humano lo convierte en un elemento cultural de primer orden cuando tratamos de reconocer nuestra propia naturaleza más allá de la expresión escrita. Estemos conscientes de ello o no, el perro es una especie que desde hace muchos milenios es un reflejo directo de las culturas en donde existe, de la gente con las cuales convive, del ámbito familiar. De esta forma su estudio y el conocimiento que podemos derivar de ello se convierte en un interesante banco de información para su uso en diversas ciencias, por ejemplo la antropología.

Esto es particularmente importante dentro de la América latina, donde constantemente hemos vivido la lucha de salvaguardar nuestro legado cultural frente a los fenómenos de colonialismo y globalización que, impuestos desde fuera de nuestro territorio, consideran desechable todo valor creado dentro de nuestro ámbito ya que nos permite conservar nuestra identidad y un espíritu de independencia al margen de las políticas dictadas desde fuera.

Origen Del Perro

Nuestra propia especie, *Homo sapiens*, lleva alrededor de unos 100,000 años de vida en el planeta (Tattersall 1997) desde que apareció en África. Casi al mismo tiempo, en el noreste de Asia, el tronco común del lobo gris se separaba en dos ramas, una de las cuales quedaría ligada, por diversos factores ecológicos, a los grupos de cazadores-recolectores de *Homo erectus* que en ese momento habitaban la región (Valadez 2000; 2002). Este detalle es importante, por tanto los elementos que favorecieron el inicio de esta interacción superan no solo a la civilización humana, sino incluso a nuestro propio acervo biológico. Dicho de manera coloquial “las características biológicas de *Homo sapiens* y *Canis lupus* harían inevitable que tarde o

temprano se diera el proceso que terminaría con el origen del perro, solo faltaba que los actores se colocaran en el sitio apropiado.

El perro como tal se originó hace unos 30,000 años (Serpell 1995; Valadez 2003) y desde ese momento dejó de ser un animal cuya presencia el hombre aceptaba, aunque posiblemente no entendía y se convirtió en componente de las bandas, personaje que en más de una ocasión era la diferencia entre la vida y la muerte. La práctica de enterrar a humanos con perros se ha enfatizado mucho en ciertas regiones, pero en realidad se trata de una práctica universal, pues los encontramos en todos los continentes, a veces desde tiempos muy remotos, circunstancia que nos lleva a pensar desde cuando el hombre cobró conciencia de la diferencia que existía entre vivir solo o con un perro a su lado.

Llegada del perro al continente americano

Una vez llegado a este punto, se inició un lento pero progresivo avance de esta nueva versión de banda “humano-perruna” desde el noreste de Asia hacia el resto del mundo. Hace unos 12,000 años ya existían en el Cercano Oriente, en Australia y muy probablemente ya se había iniciado el recorrido que llevaría a estas bandas hacia el continente americano (Leonard et al 2002).

Este aspecto es importante de enfatizar, pues jamás hasta ahora se ha hecho la simple pero definitiva pregunta: ¿Llegó el hombre sólo al continente o ya venía con un compañero a su lado? Existen hallazgos paleontológicos que ubican a nuestra especie en América en tiempos tan antiguos como 20,000 años antes del presente o incluso antes (Mirambell 2000), pero también es cierto que en más de una vez hemos tenido que rectificar las fechas, ya que con frecuencia las edades están calculadas en función de la estratigrafía y no de otros métodos más exactos. Con respecto a esto, encontramos que existen elementos sumamente interesantes relacionados con la llegada del perro que afectaron la vida en el continente y que también afectan nuestra propia percepción de este tema: por un lado, si el continente fue poblado por bandas humano-perrunas necesariamente pensamos ¿hasta donde habríamos llegado en esta travesía por el continente si lo hubiéramos hecho solos?, por otro lado, si primero entraron grupos humanos y después, hace unos 10,000 años, los perros, ¿no coincide esto con las fechas en las que se acepta que inició la extinción de la fauna pleistocénica americana? (Figuras 1 y 2).



Figura 1. Imagen tradicional de la entrada del hombre al continente americano. Bandas de cazadores-recolectores que penetran al continente en busca de presas.



Figura 2. Esta imagen, ajustada a la información actual debe incluir dentro del grupo a los perros.

Las evidencias de biología molecular indican que los perros americanos no son producto de una sola pareja que puso un pie en América y de allí se dispersaron en un sólo proceso; más bien lo que se manifiesta es que en el norte del continente existían bandas que deambulaban de aquí para allá y algunas de ellas penetraron más hacia el sur. De éstas, algunas no avanzaron más allá de ciertos límites y unas pocas continuaron su camino, lo cual lleva a la circunstancia de que los perros de Alaska muestreados manifiesten múltiples orígenes, mientras que en México la muestra indica que los perros nativos provenían unas pocas líneas, las cuales se relacionan con ejemplares que avanzaron más allá, o sea, hasta América del Sur (Valadez, Leonard y Vilá 2003 a, b), situación que en este momento lleva a la conclusión de que todo el universo canino latinoamericano es de carácter único y que estas poblaciones vivieron un largo periodo de aislamiento (roto en el siglo XVI) (Figura 3).

Este dato ubica a las razas de perros nativas sudamericanas en el mismo nivel que tienen los dingos, o sea como joyas zootécnicas. Existen diversas teorías acerca de cómo se dio el poblamiento del continente por parte de *Homo sapiens*, pero lo cierto es que la imagen que proporcionan los perros acerca de este fenómeno es algo que no puede pasarse por alto dentro del tema.

Concepto y manejo del perro en tiempos antiguos

El viejo mundo

A la llegada de la civilización, el perro era ya un elemento demasiado penetrado en la vida del hombre, por lo cual toda manifestación acerca de él al interior de una cultura no es más que una expresión antropogénica. En el antiguo Egipto se les consideraba compañeros de caza, parte del equipo de pastoreo, guardianes y podían ser tan valiosos que llegaban a ser embalsamados y colocados en tumbas, sin embargo nunca llegaron a formar parte del universo divino egipcio tal y como ocurrió con el gato.

En Medio Oriente se enfatizó más el aspecto de uso con fines de cacería, pues existen imágenes de mastines de época asiria en jornadas de cacería incluso contra leones y es posible que en esa misma región se haya iniciado la tradición de uso de los perros para la guerra (Brewer, Clark y Phillips 2001).

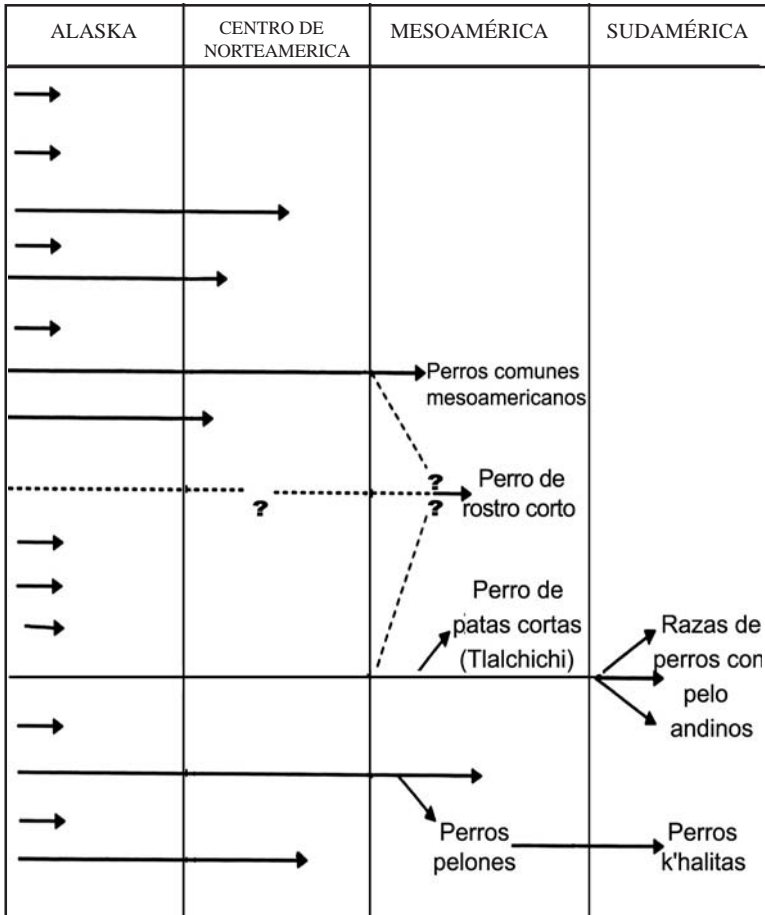


Figura 3. Durante la ocupación de América, bandas de cazadores-recolectores constituidos por hombres y perros se movieron al azar por el norte, penetrando algunas hacia el interior del continente. Conforme avanzaron hacia el sur, los grupos de humanos y perros fueron aislándose de las poblaciones que continuaban deambulando entre Alaska y Siberia y así fueron convirtiéndose en líneas genéticas independientes del resto. Del total de bandas que alguna vez pusieron pie en América, sólo unas pocas alcanzaron a llegar hasta Mesoamérica y menos aún a Sudamérica. Las razas prehispánicas de perros latinoamericanas descienden de tres líneas provenientes del norte.

Al estudiar el valor del perro dentro de estas culturas es claro el papel que se les da dentro de lo que son las actividades principales de la gente: el pastoreo, la caza, la compañía y la guerra. La necesidad, o el interés, en aprovechar al máximo a estos animales daría origen a la zootecnia, o sea, a la formación de razas con fines específicos. Más adelante, en el mundo Clásico y con el advenimiento del cristianismo, todo elemento que le diera al perro un valor religioso fue excluido y los aspectos utilitarios se convirtieron en el eje de la relación perro-hombre (Mendoza 2004), todo esto un simple reflejo de los valores dominantes en la civilización occidental, donde finalmente todos los seres vivos se encontraban por debajo del hombre y puestos a su servicio.

El nuevo mundo

En América el destino del perro fue tan variado como el mostrado, pero con una mayor carga hacia lo simbólico y menos hacia lo utilitario. En general todos los estudios respecto del perro en este continente aceptan su uso como fuente de carne, como guardia y compañero de caza, dentro de eventos fúnebres, como animal de sacrificio y en otros ámbitos religiosos. Por el contrario, no hay datos concretos que hagan referencia a su empleo dentro de la guerra, aunque esta actividad estuvo presente en toda la historia prehispánica, ni hay tampoco evidencia clara de esfuerzos humanos dirigido hacia la creación de razas con fines específicos, al menos nada que podamos reconocer hasta este momento (Mendoza 2004; Schwartz 1997; Valadez, Blanco y Rodríguez 2000).

Dado que la información disponible nos refiere frecuentemente a culturas en las cuales ya existe una economía basada en actividades tales como la agricultura, la crianza de animales domésticos o el comercio, no parece que su uso como alimento fuera, para esta gente, la diferencia entre vivir o morir. Por otro lado, disponemos de información que demuestra que estas personas si se esforzaron en crear razas de ciertos animales domésticos con fines definidos, por lo que no incluir al perro en este concepto fue una decisión y no un accidente. Visto de esta forma es necesario aceptar que dentro del concepto “perro” que manejaban muchas de las culturas de la América precolombina existía un elemento simbólico que no encontramos en el Viejo Mundo y que se manifestaba incluso dentro de actividades domésticas o utilitarias.

Por último, es interesante constatar como en varias culturas prehispánicas de América latina existieron tradiciones que relacionan al perro con el origen de la humanidad (Valadez y Mestre 1999; Mendoza 2004), las cuales no tiene equivalente en el Viejo Mundo. ¿Será acaso un recuerdo que pervivió en estas civilizaciones y que ubica la llegada de los hombres y perros al continente dentro del mismo evento?

El perro dentro de las sociedades prehispánicas americanas: Dos ejemplos.

El caso de México

De modo más concreto es posible ver el universo cultural dentro del cual se movía el perro al interior de la civilización mesoamericana¹ y que nos deja ver su impacto.

En el plano material, el perro siempre fue una importante fuente de carne, sobre todo en las grandes ciudades, donde era importante aprovechar los recursos domésticos; sin embargo es importante destacar que gran parte del consumo se realizaba dentro de una atmósfera de ritualidad, aspecto muy bien documentado a nivel arqueozoológico y de crónicas, debido a que se pensaba que el consumo de carne llevaba implícito que la persona asimilara en cierta medida la esencia espiritual del animal. Esta idea la vemos desde las más tempranas épocas de la civilización mesoamericana.

El uso de los huesos y las pieles para la elaboración de diversos artículos era algo también común, y muy importante pues hay que recordar que estos pueblos tuvieron muy poco contacto con la metalurgia. Los objetos creados abarcaban toda una gama de opciones y niveles utilitarios y simbólicos, desde herramientas de uso cotidiano hasta elementos distintivos que portaban sacerdotes y militares (Valadez et al 2002). Como compañía para vivos, se le tenía en alta estima y hasta la actualidad es posible ver tradiciones en las cuales se otorga una enorme valía a los perros en función de la lealtad, el afecto y el espíritu de sacrificio. Posiblemente toda la gente podía criar perros, pero en las ciudades mayores existía cierta normatividad al respecto, sobre todo por los lotes de animales que se empleaban en actividades rituales.

En este momento tenemos registrada la existencia de cinco razas de perros prehispánicas, pero salvo una que se “creaba” a través de la

hibridación de perros y lobos, las restantes parecen haber sido más producto del aislamiento o del azar que de intereses concretos (Valadez, Blanco y Rodríguez 2000). Algunas tradiciones del final de la época prehispánica refieren al color del animal como elemento de importancia durante la selección de ejemplares para ritos, pero si eso fue algo que impulsara el trabajo de los criadores es algo que desconocemos.

Como animal de sacrificio fue extensamente utilizado, tanto en actividades ceremoniales como fúnebres (Valadez y Mestre 1999; Valadez et al 2001; 2002), existen suficientes pruebas para asegurar que el perro fue el animal más involucrado en este tipo de prácticas y es posible que en el presente no conozcamos ni una décima parte de todo el universo religioso en el cual estos animales eran el personaje principal (Figura 4).

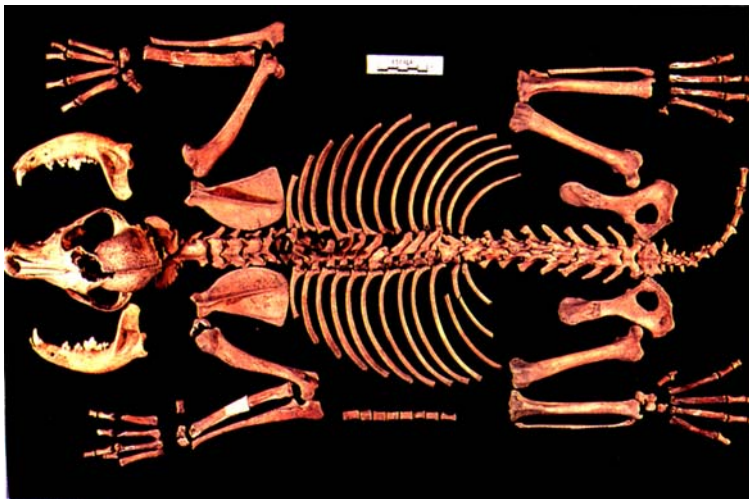


Figura 4. Perro arqueológico cuyo estudio rebasa por mucho el esquema «tradicional» empleado en la arqueología, constituye un avance en la investigación del perro Precolombino en México. Ejemplar de raza común mesoamericana, sexo masculino, edad tres a cinco años, altura a la cruz de 38 a 40 cm, longitud cabeza-tronco de 63 cm y peso aproximado de 9.5 kg. Su alimentación fue rica en carne semejante a la de un coyote (*Canis latrans*) y la cuantificación del colágeno residual permitió ubicar la antigüedad del contexto en el que se descubrió (1,400 años antes del presente). Este y una hembra aparecieron a la entrada de una cueva, donde fueron empleados dentro de un rito relacionado con la dualidad día-noche u hombre-mujer. El ejemplar forma parte de la colección perteneciente al proyecto «Estudio de Túneles y Cuevas en Teotihuacan» dirigido por la Dra. Linda Manzanilla.

Por último, como símbolos calendáricos, elementos distintivos de clanes, personajes de mitos o deidades también los tenemos presentes (Valadez y Mestre 1999). Destaca entre todo esto el mito que decía que los perros habían sido en otros tiempos seres humanos que habían sido castigados por los dioses.

El caso de la zona andina

Los perros en Sudamérica vivieron también un universo de interacciones con los hombres que rebasan lo puramente utilitario (Mendoza 2004). Su uso como alimento fue algo común desde tiempos muy remotos, aunque la imagen de esta práctica varía de una región a otra. Algunas crónicas peruanas hablan respecto de que el consumo de la carne de perro se ligó a castigos y quizá por este esquema de “devaluación” los Incas abolieron la práctica. En otros casos su consumo está vinculado a una deidad en particular y en otros casos simplemente es una práctica que se conservó aún con la presencia de la llama y el cuy.

No conocemos con detalle las pautas que llevaron estas personas respecto del manejo del perro, pero sabemos que al inicio de la colonia eran reconocibles varios tipos gracias a las imágenes presentes en fuentes históricas (Mendoza y Valadez 2003; Poma de Ayala 1992).

Perros descubiertos en entierros son más comunes de lo que parece, baste decir que se les ha reportado a lo largo de toda la zona andina. A veces aparece esta práctica ligada a sacrificios a los dioses, en otros casos es el resultado de que se les coloque como acompañantes de personas que debían tener a un perro para que los acompañara en su viaje al más allá. También podemos encontrar a estos animales como piezas para el sacrificio, por ejemplo en cultos lunares, algunos de los cuales incluso ligan la tradición a la idea de que los humanos descendemos del cruce de un perro con una mujer.

El perro como acompañante de divinidades lo vemos, por ejemplo, en un telar Wari – Tiwanaku (c. a 500 d. C.) procedente de Ancón en el cual se representan 2 perros junto a cuatro guerreros (Mendoza 2000; 2004) y a los cuales se les considera en la mitología andina como “qhoa(s) o huamani (es)” de los que se vale el apu o divinidad encarnado en las altas cumbres nevadas para castigar a la gente con granizadas o exceso de lluvias.

Quizá el único rubro en el cual no aparece de forma clara es como deidad, aunque en realidad no hay suficientes estudios para asegurarlo.

El perro como espejo de los cambios derivados del orden colonial

La llegada de los españoles al continente derivó en la imposición de las normas morales y religiosas, parte de las cuales exigía el traslado del perro a un ámbito puramente terrenal, pues todo concepto religioso ligado a él implicaba el deseo de preservar las antiguas costumbres. En el centro de México, a mediados del siglo XVI existían mercados en los cuales la gente pagaba más por un perro que por una vaca ante la indignación de los clérigos (Benavente 1944). Existen también relatos en los cuales se indican de que alternativas se valían los indios para conservar las tradiciones a pesar de la imposición española, por ejemplo poner figuras de perro en el entierro, hechas con palma, en vez de colocar animales verdaderos.

Más allá de esta confrontación entre religiones podemos ver a estos animales como “medidores” de los valores humanos durante esta época. Así, cuando llegaron los españoles y empezaron a conocer el mundo nativo, los perros no fueron objeto de atención, salvo en casos muy particulares, por ejemplo los pelones (Sahagún 1979) y el resto simplemente no tenían valor alguno ni les merecían el menor interés “acabemos con la basura que existe en esta tierra y traigamos lo nuestro, que es lo único de valía” pensamiento no escrito pero que fue aplicado con todo rigor. Indígenas y perros nativos eran entidades desechables, carentes de todo valor y para los cuales no existía la menor consideración frente a un nuevo orden donde lo europeo debía ser lo único importante, empezando por los perros.

Varios ejemplos ilustran muy bien esta situación: los conquistadores españoles utilizaron al perro como represor hacia los indios americanos en especial los que practicaban la homosexualidad. Olivas Tur (2000) narra esto diciendo: López de Gomara cuenta que Nuñez de Balboa era propietario de un perro de nombre “Becerrillo”, el cual era una fiera y formaba parte de la represión y violencia hacia los indios. Su hijo “Leoncico” fue partícipe de la tortura a la cual se le conocía con el nombre de “*aperrear*” así, nos cuenta el cronista, en la derrota al cacique Pacra Nuñez de Balboa echó a los alanos (gran danés) para que lo despedazaran y sus restos después fueron quemados. De igual manera aperreó a cincuenta jóvenes homosexuales y después los quemó.

También Pedrarias Dávila, suegro de Balboa, considerado uno de los capitanes más crueles de la conquista (1519) dejaba al más culpable de los indios para “*aperrearlo*”. El cronista cuenta que entregaban al jefe indio un palo, para que se defendiera y le soltaban cinco cachorros, éste lo ahuyentó con agilidad, por lo que luego le soltaban dos alanos y estos lo destrozaron a la vista de todos los demás indios. En 1653, Bernabé Cobo relata el miedo que al principio tenían los indios hacia los perros traídos de España, pero después, con el paso del tiempo, dejaron sus animales por perros europeos y que esta fue la razón por la que supuestamente se extinguieron las formas nativas. Cuenta también como cada indio tenía uno o más perros en su casa, pero que comúnmente se encontraban sucios y sarnosos. Con la misma opinión el cronista León Pinelo en su obra “El paraíso en el Nuevo Mundo” (1656) dice que ya no quedan perros indígenas porque se mezclaron con los perros de Europa y resultó una raza mala.

El perro nativo latinoamericano en la actualidad

Después de cuatro siglos de dominio del pensamiento europeo, los latinoamericanos estamos en posibilidad de dirigir parte de nuestro esfuerzo en recuperar y salvaguardar nuestro legado cultural con todo lo que ello implica, incluyendo a las formas nativas de perros que continúan existiendo, sobre todo en los lugares donde es visto y evaluado por la gente no por su pedigrí, por su costo material o por la imagen que le otorga al dueño dentro de su esfera social, sino simplemente por su condición de perro y los servicios que le proporciona al dueño en aspectos como la compañía o la lealtad.

Los estudios de ADN han sido definitivos en el sentido de que demuestran que los perros nativos americanos representan una parte insustituible de la historia de la especie, tan valiosa como los dingos, los perros cantores de Nueva Guinea o alguna otra raza que es vista en la actualidad como monumento vivo de la historia de este animal. La idea de que en la actualidad no existen formas nativas de perros en América latina es falsa, tanto como lo es el término “perro criollo” como calificativo de todo perro común con pelo y al cual se le considera descendiente de perros españoles. Las formas nativas latinoamericanas existen no en las ciudades, sino en la provincia, en regiones apartadas donde grupos humanos y de perros han tenido poca influencia externa. Es necesario ubicar a estas formas

sencillas, “comunes” (Figura 5) poco llamativas para quienes vivimos. La única forma de perro latinoamericano que ha sobrevivido a esta devaluación es el pelón (Figura 6), gracias a que no existía equivalente en el Viejo Mundo (Valadez y Mestre 1999) sin embargo nunca se le consideró parte importante del universo de perros “importantes” y fue visto más bien como artículo exótico. No obstante que se ha demostrado que es una excelente mascota familiar, sobre todo en las ciudades, donde los departamentos exigen que perros y hombres compartan espacio e instalaciones, no deja de ser normal el comentario de la gente que lo considera un animal poco atractivo, demasiado complicado (Valadez 2002) y sin la talla de las razas europeas, algo similar al momento en el cual los latinos compramos productos que nos ayudarán a darle un tono más claro a nuestra piel.



Figura 5. Perro común mesoamericano.



Figura 6. Perro pelón mexicano o xoloitzcuintle.

El perro dentro de la investigación antropológica mexicana

Antecedentes

En 1988 la Maestra Alicia Blanco Padilla y el Dr. Raúl Valadez Azúa, biólogos de formación y egresados de la Facultad de Ciencias de la UNAM, decidieron unir sus esfuerzos para crear un marco de referencia que permitiera abordar el estudio de los restos arqueozoológicos de cánidos, en especial a los perros, a partir de procedimientos basados en el método

científico contando con el apoyo de los médicos veterinarios Fernando Viniegra y Eugenio Millán. La propuesta inicial de trabajo abarcó desde la búsqueda de documentos y entrevistas con académicos de diversas áreas hasta la crianza de perros pelones para crear bancos de información a partir de la propia experiencia. Esto permitió que nueve años después existiera una osteoteca de perros pelones, archivos de documentos e imágenes y elaboración de varios artículos en los cuales se caracterizó al perro pelón y se registró por vez primera la existencia de varias razas en colecciones arqueozoológicas.

El impacto de estos productos fue óptimo, pues permitió que un Museo financiara un proyecto de investigación cuyo fin era la reconstrucción de la historia del perro pelón mexicano. Gracias a este paso, dos años después se tenían dos libros, un documental para TV. y el convenio de colaboración con la Universidad de los Ángeles, en California, para extraer el ADN de muestras de perros prehispánicos.

Proyecto “Genealogía y desarrollo de la especie *Canis familiaris* en Mesoamérica”

En 1998 se creó el proyecto “Genealogía y desarrollo de la especie *Canis familiaris* en Mesoamérica” con el propósito de que la investigación continuara, con especial énfasis en lo referente a la investigación arqueozoológica y con el apoyo formal del Instituto de Investigaciones Antropológicas y la Dirección de Salvamento Arqueológico del INAH². En ese mismo año se incorporó como miembro del equipo el biólogo Bernardo Rodríguez y poco después la veterinaria Katuska Olmos. El 20 de septiembre de 2001 el proyecto fue presentado y aprobado en el Consejo Nacional de Arqueología, lo cual le convirtió en el primer proyecto de arqueozoología con reconocimiento oficial por parte del INAH.

Condición actual

En este momento se posee la información y ruta crítica a emplear para abordar los siguientes aspectos en cualquier ejemplar de cánido arqueozoológico (Valadez et al 2003):

1. Ubicación de la edad del ejemplar. Tomando como referencia la evolución ontogénica del esqueleto, las dimensiones de los huesos y las características de la dentición.

2. Identificación de la especie de cánido involucrada. A partir de las medidas osteológicas se dispone de más de 100 puntos de referencia para abordar este aspecto.
3. Reconocimiento de la variedad de perro presente. A partir de estos elementos diagnósticos y ecuaciones establecidas se determina la morfología del ejemplar cuando vivía, incluyendo altura, longitud y peso y con ello se establece la raza del ejemplar.
4. Determinación del sexo del ejemplar. A través de cinco puntos de referencia es posible sexar a los individuos adultos.
5. Búsqueda de anomalías o padecimientos en los individuos. A través del análisis fino de los materiales óseos se buscan evidencias de “peculiaridades” en huesos y dientes derivadas de anomalías congénitas, enfermedades o estilos de vida desusados.
6. Análisis finos de los huesos. La búsqueda de información adicional en el material óseo, por ejemplo marcas de corte, modificaciones intencionales o trabajo de manufactura permite definir aspectos tales como manipulación de los ejemplares en vida, al momento de su muerte o transformación de los huesos postmortem con fines rituales o utilitarios.
7. Conteo de elementos de traza en el hueso. Con ello es posible ubicar los patrones alimentarios de los ejemplares.

Beneficios académicos

Después de 15 años de investigaciones relacionadas con el perro mesoamericano se han obtenido avances significativos que pueden ubicarse de la siguiente forma:

1. Se posee una colección osteológica comparativa que incluye más de 100 ejemplares actuales o antiguos. Parte de ésta tiene relevancia por tratarse de ejemplares completos (más del 80% del esqueleto), otros por tratarse de piezas de valor diagnóstico.
2. En el presente se ha determinado la existencia de cinco razas o variedades de perros presentes en tiempos prehispánicos, incluyendo una forma creada a través de la hibridación de perros y lobos a la que le hemos asignado el nombre de “Loberro” (Valadez, Blanco y Rodríguez 2000).

3. En el presente es posible estudiar a los materiales arqueozoológicos de cánidos a un nivel comparable con el que se realiza con los restos humanos (Valadez et al 2003).
4. Se ha podido reconstruir la historia, genética y condición actual del perro pelón mexicano, dando así oportunidad de que esta raza pueda ser conocida en un nivel comparable a cualquier otra del mundo. Los resultados se han difundido en revistas especializadas, de divulgación, libros, entrevistas, conferencias, exposiciones y documentales de televisión.
5. El estudio de los restos de cánidos de menos de un año de edad permite reconocer la época del año en que se realizaron las prácticas donde se emplearon (Blanco, Valadez y Rodríguez 1999).
6. Entre 1999 y 2002 se desarrollaron los primeros estudios para el empleo de los huesos de perro en una técnica de fechamiento a través de la cuantificación de colágeno residual (Rodríguez et al 2003).
7. A través de la cuantificación de elementos traza se ha logrado reconstruir los patrones alimentarios de perros prehispánicos y emplearlos como puntos de referencia en modelos creados por el grupo de trabajo, para con ello reconocer patrones alimentarios de personas (Valadez et al 2004).
8. Gracias a los estudios realizados en biología molecular, en este momento se tiene ubicados a los perros mesoamericanos dentro de la historia y genealogía del perro americano (Leonard et al 2002; Valadez, Leonard y Vila 2003a,b).
9. Los estudios realizados con lobos, coyotes e híbridos de lobos y perros, tanto con los restos arqueozoológicos como en códigos, manifiestan que el papel que tradicionalmente se les ha asignado a las dos especies silvestres dentro del pensamiento religioso mesoamericano es equivocado y debe ser revalorado dentro de un marco científico.

El estudio del perro prehispánico bajo el marco de la investigación interdisciplinaria

Uno de los aspectos fundamentales que ha permitido el avance de este proyecto de investigación es la afirmación de que no es posible hacerlo

sin la participación simultánea de especialistas de diversas áreas que en un momento u otro permite abordar los retos académicos. Biólogos, arqueólogos, etnólogos, médicos veterinarios, criadores y químicos han participado en uno u otro periodo, enriqueciendo los estudios con sus ideas.

Pero más allá del aspecto de formación académica es necesario destacar que el esfuerzo interdisciplinario ha fructificado porque aunque existan líderes dentro del proyecto, es más significativo e importante la igualdad y la ubicación equidistante de todos los participantes alrededor de un punto central que es el objeto de estudio. Esta filosofía ha permitido obtener enormes beneficios pues ante la ausencia de un “dictaminador oficial” ha debido ser la propia lógica científica la que determine que idea o propuesta es la que debe apoyarse, rebasándose así el esquema tradicional que se basa en el trabajo unidisciplinario fortalecido con algunas ideas “extras”.

Por último, otro aspecto que consideramos de enorme valor es que los resultados obtenidos tratan de ubicarse siempre dentro de un conjunto de información que está en continuo proceso de análisis, síntesis y evaluación, lo cual permite que se cree un conocimiento integrado, justo lo que debe ser el resultado de un esfuerzo interdisciplinario y no paquetes o conjuntos de información especializada que aunque poseen valor científico, no poseen la posibilidad de aglutinarse bajo la forma de un solo conocimiento, justo como ocurre frecuentemente con los proyectos multidisciplinarios.

Conclusiones

Así como dentro de la arqueología existen líneas de investigación que abarcan los objetos elaborados por el hombre y el esfuerzo académico se justifica ante la idea de que por ser manifestaciones culturales su estudio redundará en una mayor comprensión del pensamiento humano y sus necesidades, así el estudio de los animales domésticos, empezando por el perro, representa una importante fuente de información acerca de la cultura con la cual apareció asociada.

Quizá por tratarse de un animal cuyo inicio de vida en común con el hombre rebasa todo recuerdo nuestro, es fácil hacerlo a un lado como objeto de estudio, pues finalmente perros hay en todas partes y siempre los encontramos junto a nosotros. Es curioso como se han creado al paso del tiempo importantes esfuerzos académicos para conocer la naturaleza del

agua, del aire, de los ácaros o de nuestra flora intestinal y en esos casos no se discute el beneficio de su estudio ¿Qué tiene en particular el perro, o más bien que tenemos nosotros en su contra para en este caso negarle valor y negarnos nosotros la oportunidad de verlo como un legado cultural y estudiarlo bajo la idea de que la información que obtengamos redundará en nuestro beneficio? Evidencias de que *Canis familiaris* estuvo bien compenetrado al mundo material y religioso de las civilizaciones prehispánicas existen, por tanto no estudiarlo sólo nos lleva a desechar datos, justo como si al momento en que descubrimos una tumba decidiéramos destruirla bajo el argumento de que ya no se requieren más estudios de restos humanos, pues finalmente huesos de personas de tiempos precolombinos hay muchos.

Desde el siglo XVI y hasta el presente los habitantes de América Latina hemos vivido un esquema en el cual nuestras tradiciones, nuestra historia, incluso hasta nuestra propia existencia ha sido puesta en tela de juicio. Parte inevitable de este esquema es que todas nuestras expresiones culturales sean devaluadas ante la idea de que sólo lo proveniente de Europa o los Estados Unidos tiene valor. Fiel reflejo de esta situación es constatar la existencia de perros nativos latinoamericanos de enorme valor científico y zootécnico pero cuya existencia ha permanecido a la sombra de los ejemplares europeos en los cuales se expresa de forma clara y contundente la frase “valgo por mi origen” Recuperar esta parte de nuestra historia, ajustar nuestros objetivos científicos, impulsar investigaciones originales y propias, todo esto puede empezar desde el momento en el que aceptemos que 10,000 años de historia perro-hombre en este continente es algo que vale la pena estudiar.

Referencias Citadas

BENAVENTE, T., 1994. *Relaciones de la Nueva España*. UNAM, México.

BLANCO, A., R. VALADEZ y B. RODRÍGUEZ, 1999. Colección arqueozoológica de perros del sitio Chac-Mool, Punta Pájaros, Quintana Roo. *Arqueología* 22:89-106.

BREWER, D., T. CLARK y A. PHILLIPS, 2001. *Dogs in the antiquity. The Origins of the Domestic Dog*. Aris & Phillips, England.

LEONARD, J. A., R. K. WAYNE, J. WHEELER, R. VALADEZ, S. GUILLÉN y C. VILÀ, 2002. Ancient DNA evidence for Old World origin of New World dogs. *Science* 298:1613-1616.

MENDOZA, V., 2000. Deberíamos aprender de los animales. *Ultima Hora*, sección Opinión (6-VII), p. 6.

MENDOZA, V. Y R. VALADEZ, 2003. Los perros de Guaman Poma de Ayala: visión actual del estudio del perro precolombino sudamericano. *AMMVEPE* 14(2):43-52.

MENDOZA, V., 2004. *El perro en las sociedades andinas del pasado: un aporte arqueozoológico*. Tesis de Licenciatura de Arqueología, Universidad Mayor de San Andrés, La Paz.

MIRAMBELL, L., 2000. Los primeros pobladores del actual territorio mexicano. En: *Historia Antigua de México*, Vol. I., L. Manzanilla y L. López Luján (Coordinadoras), pp. 23-51. INAH-UNAM-Porrúa.

OLIVAS, T. M., 2000. Perros en América. *Perros de Compañía*, 73, España.

POMADE AYALA, G., 1992. *El Primer Nueva Corónica y Buen Gobierno*, J. V. Murra y R. Adorno (Eds.), (traducción J.L. Urioste), 2ª edición, Edit. Siglo XXI, México.

RODRÍGUEZ, R., R. VALADEZ, L. LAZOS y L. BARBA, 2003. Características fisicoquímicas de los restos óseos de cánidos prehispánicos del centro de México. *Antropología y Técnica (Nueva época)* 7: 6780.

SAHAGÚN, B., 1979. *Códice Florentino*. Secretaría de Gobernación, México.

SCHWARTZ, M., 1997. *A History of Dogs in the Early Americas*. Yale University Press, New haven and London.

SERPELL, J., (editor) 1995. *The Domestic Dog. Its evolution, behaviour, and interactions with people*. Cambridge University Press, Cambridge.

TATTERSALL, I., 1997. De África, ¿una.....y otra vez?. *Investigación y Ciencia*, 249: 20-45.

VALADEZ, R., 2000. El origen del perro, primera parte (entre el lobo y el perro). *AMMVEPE* 11(3): 75-84.

2002. El origen del perro (segunda parte): del lobo doméstico al criadero primitivo. *AMMVEPE* 13(3):102-111.

2002. Perros y ciencia latinoamericana. *Protejanimales* (primera revista especializada sobre animales en Bolivia) 1(1):15-19.

2003. *La domesticación animal*. 2ª edición. Instituto de investigaciones antropológicas, UNAM, México.

VALADEZ, R. y G. MESTRE, 1999. *Historia del xoloitzcuintle en México*. Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, Museo Dolores Olmedo Patiño, Cámara de Diputados, México.

VALADEZ, R., A. BLANCO y B. RODRÍGUEZ, 2000. La zootecnia canina en el México antiguo y su relación con el México actual. *Memorias de la primera jornada de la Historia de la Medicina Veterinaria y Zootecnia*, pp. 1-12. Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la UNAM, México.

VALADEZ, R., A. BLANCO, B. RODRÍGUEZ, F. VINIEGRA y K. OLMOS, 2001. Una quinta raza de perro prehispánica o, ¿una segunda especie de lobo mexicano?. *AMMVEPE* 12(5):149-159.

VALADEZ, R., B. RODRÍGUEZ, F. VINIEGRA, K. OLMOS, A. BLANCO, S. TEJEDA y M. CASAS, 2002. Híbridos de lobos y perros en cuevas teotihuacanas. Crónica de un descubrimiento. *AMMVEPE* 13(1): 6-23.

VALADEZ, R., B. RODRÍGUEZ, R. CABRERA, G. COWGILL y S. SUGIYAMA, 2002. Híbridos de lobos y perros (tercer acto): hallazgos en la pirámide de Quetzalcoatl de la antigua ciudad de Teotihuacan. *AMMVEPE* 13(5-6):165-176, 219-231.

VALADEZ, R. J. LEONARD y C. VILA, 2003a. El origen del perro americano visto a través de la biología molecular. *AMMVEPE* 14 (3):73-82.

VALADEZ, J. LEONARD y C. VILA, 2003b. El origen del perro americano. *Protejanimales* (primera revista especializada sobre animales en Bolivia), 2(3):16-19.

VALADEZ, R., A. BLANCO, B. RODRÍGUEZ, F. VINIEGRA y K. OLMOS, 2003. La investigación etnozoológica y el estudio de cánido mesoamericano. *AMMVEPE* 14(6):186-194.

VILÀ, C., P. SAVOLAINEM, J. E. MALDONADO, I. R. AMORIM, J. E. RICE, R. L. HONEYCUTT, K. A. CRANDALL, J. LUDENBERG y R. K. WAYNE, 1997. Multiple and ancient origins of the domestic dog. *Science* 276:1687-1689.

Notas

1. Con el nombre de Mesoamérica se designa al territorio de México y Centroamérica dentro del cual tuvo su mayor desarrollo la civilización prehispánica en Norteamérica. Este territorio abarca toda la región de clima húmedo de México, Guatemala, Belice, Honduras, el Salvador y el norte de Nicaragua.
2. Instituto Nacional de Antropología e Historia.